

Discriminación rima con Revolución

Juan Juan Almeida

Escritor

Cubano. Residente en Estados Unidos

Parece mentira, en el sur de La Florida se habla sobre un dilema que, en La Habana, más que tema es tabú. El pasado fin de semana, disfrutando un *barbiquiú*, me sorprendió escuchar que un amigo, con una *Budweiser* al lado y ganas de profetizar, seriamente afirmaba: «La Revolución cubana es racista».

¡Ay, campeón, – le contesté sin ánimo de polemizar — tan profunda reflexión merecería un *DUI* o un Premio Nobel de la Paz.

Tienes razón, aceptó, y quedó sin continuar esa larga discusión que por años no han resuelto ni eruditos ni iletrados, en abstemia o con alcohol. No era el lugar ni el momento para hablar sobre un conflicto que a muchos pone a sonreír y a otros tantos, a discutir. Pero ahora me puedo expresar sin pretender convencer. Lo invito a disentir.

La Revolución cubana no inventó el racismo en Cuba. Lo incentivó y lo avivó al punto de llegar a convertirse en cómplice... y en culpable. La discordia entre racismo, discriminación y raza, ha mantenido ocupados a millares de lectores. Fidel Castro, seguido de un séquito enorme de penitentes racistas, atizó el problema manipulando sentimientos.

No es secreto para nadie que la integración de los negros, blancos, chinos y mulatos, en una nación de criollos, formó eso que hoy llamamos

Identidad Nacional y, por ende, el concepto de Afrocubano como fusión, sincretismo y transculturación.

Ya en el lejano y convulso 1868, la población cubana estaba compuesta en su mayoría por negros y mulatos. Desde entonces, por analfabetismo, ignorancia, marginación u opresión, liaban sus colosales penurias con el color de su piel. Y no estaban equivocados; por desgracia para ellos, la Guerra de los 10 Años, lejos de eliminar, estimuló los ya existentes conflictos raciales y lo que surgió siendo esclavita, terminó abolicionista.

A modo de comentario bastante malintencionado pudiera asegurarles, y de eso se habla muy poco, que una de las causas del fracaso de aquella guerra fue, precisamente, la desconfianza que muchos sentían por el ascenso de algunos negros, que ganaron el respeto de gran parte de la población. Aquí debería acotar que el célebre Pacto del Zanjón (1878) no exigió eliminar el sometimiento del esclavo.

En aquel tiempo, el anexionismo y las ansias populares de sentirnos colonia de alguien, como herramienta económica, marcó una constante en la historia, aunque a muchos no les guste. Como también lo hizo después, e incluso ahora. No sólo en el caso de España, también de Estados Unidos, Rusia y de otros más re-

cientes que no por desfachatados dejan de ser seductores.

Tanto ayer, hoy, como siempre, se intentó borrar al negro de la sociedad cubana, pensando en la hegemonía blanca como alternativa, mediante un proceso oficial, oficialista, comentado y secreto, de clarificación o blanqueamiento. Ser negro se convirtió prácticamente en un delito; por tanto, los negros querían ser mulatos y los mulatos, blancos.

Abunda la literatura donde la guerra de secesión de los Estados Unidos, la derrota de los estados sureños y el decreto de abolición de la esclavitud hicieron que muchos cubanos pro-esclavistas, observadores del conflicto, vieran amenazados sus intereses.

En 1886 fue abolida la esclavitud en Cuba. Los esclavos se convirtieron en obreros; pero la ansiada libertad continuó discriminando y marginando a quienes cometían el error de no haber nacido blancos. Hay testimonios de la guerra que describen a Antonio Maceo y otros altos militares negros presionados a deslucir su autoridad debido al color de su piel.

En 1898, la intervención americana en la guerra hispano-cubana trajo, digamos, decepción para los afrocubanos, que vieron públicamente ignorados a sus líderes y a su país en el Tratado de París, donde España, sin consultar, cedió la soberanía de Cuba a los Estados Unidos. Se disolvió el ejército libertador, y el racismo, ya habitual, logró esta vez resurgir de manera vertiginosa.

En 1901 Cuba adoptó una constitución bastante revolucionaria para la época; pero en una sociedad racista, la incipiente carta magna se convirtió en letra muerta y continuó siendo vergüenza ser negro o mulato. Por esta época, la presión del crecimiento de la industria azucarera y la ascendente necesidad de mano de obra, hicieron posible que las autoridades cubanas permitieran la inmigración temporal de braceros haitianos, jamaquinos y otros que, por negros y baratos, desplazaron a cubanos e

incentivaron las viejas tensiones raciales. Muchísimo tuvo que ver, en este resurgir del conflicto, el primer presidente de Cuba que, con razón o sin ella, algunos historiadores catalogan de racista y anexionista.

También influyó en el asunto el protectorado comunista de la extinta Unión Soviética que, entre otras cosas, nos hizo confundir los conceptos de raza y etnia. Como en otras ocasiones, la historia se volvió a escribir, los héroes se despigmentaron y su cultura y religión se transformaron en superstición, oscurantismo o brujería.

La Revolución cubana, liderada por Fidel Castro, al menos desde mi punto de vista, que ni es punto ni es de vista, no es culpable de lo que desde hacía muchísimo tiempo parecía ser un hecho. La túnica verde olivo tuvo la oportunidad de aprovechar la unidad que trajo la efervescencia popular de los años 60 para erradicar el problema; pero no: prefirió utilizarlo e incentivarlo para lograr sus objetivos y alcanzar más división. Continuó con la política de blanqueamiento o clarificación y evadió la responsabilidad de erradicar un mal que no, por endémico, es incurable.

Fue difícil resumir más de 100 años de historia en medio de aquel BBQ, donde sobraba la carne y abundaba la cerveza. Y porque no quiero aburrir, otro día contaré lo que, a mi juicio, sucedió entre 1901 y el socialismo XXI; por qué surgieron los conceptos de “mestizo”, “negro fino”, “mulato blanconazo” y otros; qué papel jugó el racismo en la controversial incursión de los soldados cubanos por el continente africano; qué se comenta del negro en los pasillos más cerrados del gobierno revolucionario; y, por supuesto, cómo uno de los emblemáticos comandantes de la revolución cubana, al ser negro, jugaba un doble papel, como figura en el gobierno y como víctima de la discriminación. Recuerde bien, amigo mío, en muchos libros de historia, de estudiosos melencidos y eruditos despeinados, el tema Discriminación rima con Revolución.